

La Dama del Sur

Felipe Luembe



Capítulo 1

PRÓLOGO

Grimbryt estaba cansado. Apoyó su mano un palmo por encima del dibujo que él mismo había tallado en el tronco de aquél roble. Ese barco trazado con la hoja de su cuchillo confirmaba su sospecha. Desde que se internara en el bosque de Sunsword el hambre y el célebre Cantar de Enaneta y Elfeo, cuya primera estrofa había repetido en su cabeza hasta la saciedad, habían sido su única compañía.

- ¡Mierda! - murmuró. Era, al menos, la segunda vez que pasaba por delante del mismo árbol. Había perdido completamente la noción del tiempo; las copas impedían que pudiera apreciar el cielo. Pero por la creciente intensidad de los ruidos en su estómago y lo mucho que tenía que esforzarse para mantener los ojos abiertos, hubiese jurado que llevaba varias lunas deambulando por el bosque.

Soltó un suspiro de resignación casi a la vez que descolgaba de su hombro una bolsa de tela en la que llevaba tres viras (una de oro y dos de plata) y una cantimplora a la que apenas le quedaba un buen trago. Recostó su espalda en una de las enormes raíces. Asumió que a lo mejor había cometido una insensatez al intentar cruzar Sunsword; aceptó que seguramente el hambre lo mataría antes de que lograra encontrar la salida...

Antes de quedarse dormido, Grimbryt pensó en la infinidad de historias de taberna y cuentos de hoguera sobre ese lugar. El bosque de hojas negras de Sunsword: la puerta del Sur, donde no hay viento, donde no hay tiempo, donde los árboles no dan fruto, donde mueren los hombres, "donde perdimos la guerra", donde los hombres olvidaron su nombre... La mayoría de estas historias tienen distintas versiones. Sin embargo, hay una que se cuenta igual en todas partes, desde Los Reinos Sumergidos de Agir hasta Mourn; una historia sobre mujeres que viven en el bosque. Cuentan que tienen la piel tan oscura como las hojas de los árboles de Sunsword; y que sus ojos y sus cabellos son aún más oscuros.

Una voz resonaba en la cabeza del viajero, cada vez con más fuerza, hasta que consiguió que este despertara. Cuando Grimbryt abrió los ojos

se encontró con la cara de un hombre de barba gris pegada a la suya. El hombre estaba tan cerca que Grimbryt podía percibir su aliento a licor. Disimuladamente, se llevó una mano a la cintura, buscando en vano la empuñadura de su cuchillo. El hombre de la barba gris pareció no darse cuenta de este gesto. Grimbryt miró a su alrededor. Los árboles habían desaparecido. Ahora estaba dentro de un establo, sobre un montón de paja. Tenía la vista un poco nublada pero podía oír a los caballos.

-¿Dónde estoy? - Preguntó. - ¿Habláis la lengua común?

El hombre de barba gris no contestó. Se levantó y se dirigió con paso firme a la puerta del establo. Colocó ambas manos alrededor de su boca y gritó:

- ¡UN FORASTERO!

Capítulo 2

2

Ladrones y Trovadores

Elfan conocía cada uno de los rincones del Gran Mercado central. Estaba acostumbrado a correr entre sus estrechos callejones. A menudo huyendo con las manos cargadas de la mercancía de algún desdichado vendedor. La mayoría se limitaban a bramar y maldecirle. Pero a veces, especialmente cuando intentaba robar por segunda vez a un mismo vendedor, este le perseguía iracundo llegando a alejarse varios metros de su puesto de venta. Con el tiempo y con la ayuda de otros ladronzuelos Elfan había aprendido a utilizar esa rabia de los mercaderes en su favor. Pero hoy su víctima era otra.

-i No deje que lo engañen !- Interrumpió.

-i Lárgate muchacho !- advirtió el mercader en tono amenazante.

Elfan pronunció unas palabras que el mercader no pudo comprender.

El otro hombre era un par de cabezas más alto que Elfan, pero media cabeza más bajo que el mercader. Vestía una túnica de color negro; del mismo color que el barro que cubría algunos de los caminos del mercado; del color con el que los bardos y los viajeros describían a los seres del otro lado del mar – Oscuros como una noche sin luna y sin estrellas -. Tenía unos pies desproporcionadamente grandes. Era un hombre del desierto, sólo ellos se atreven a vestir tan abrigados en esta época del año.

El forastero se dio la vuelta al mismo tiempo que retiraba su mano de una bolsa que debía de contener al menos ocho o nueve viras. Dio unos cuantos pasos hasta donde estaba Elfan. El mercader intentó en vano retenerlo recitando las mejores ofertas que se le ocurrieron. A medida que se acercaba, Elfan oía cómo el metal chocaba contra el metal. Había aprendido a contar el dinero de las bolsas ajenas gracias a su sonido. Pero el bullicio de las pisadas de los transeúntes y los curanderos promocionando a pleno pulmón elixires rejuvenecedores o para curar el mal de amores impedía que pudiera apreciar con claridad cuánto llevaba el forastero.

- Cinco de Plata... Dos de Bronce y... Cuatro de Cobre...- concluyó para sus

adentros.

- ¡Llévame! - dijo con un marcado acento extranjero.

Elfan guardó silencio unos segundos. Entornó los ojos para fingir que mantenía un debate interno.

- ¡Claro! - sentenció. – Serán tres viras de Cobre.

El forastero soltó una carcajada. Elfan sabía que dos viras era un precio muy alto por guiar a un turista. Se acercó él lo suficiente para percibir el olor a tabaco y sudor de su túnica. Tan cerca que pudiera arrancarle la bolsa con sólo estirar un poco el brazo.

- <<Ba bee wa ente o'oso ova>> - murmuró. <<Te siguen desde que has llegado>>.

El forastero miró discretamente hacia donde apuntaba la mirada de Elfan. Ahí, encima del tejado de un puesto cercano de venta de fragancias, un grupo de unos seis harapientos muchachos de esos con los que a nadie le gustaría tropezar por accidente, especialmente llevando joyas, dinero o comida; de esos por los que la gente rehuía algunos caminos y preferían las zonas más concurridas, vigilaban como cuervos cada uno de sus movimientos, aparentemente ajenos (quizá indiferentes) a que su presencia ya había sido advertida.

- Por una vira de Cobre seré su guía y su traductor, pues algunos mercaderes no hablan la lengua común y yo hablo la lengua del desierto. Por una segunda seré también sus ojos, pues el mercado está plagado de peligrosos maleantes y de mercaderes que suelen hacer pasar el agua por colonia. Por la tercera seré su espada y, si fuera poco diestro, su escudo.

El forastero alzó de nuevo la vista hacia el tejado de la tienda de fragancias.

- ¿Cómo piensas hacerlo muchacho?

La ahora temblorosa voz del forastero hacía inútiles sus esfuerzos para aparentar serenidad. Elfan encaró la perfumería. Miró en dirección a su tejado, desde donde les vigilaban media docena de gamberros. Se levantó levemente la capucha, dejando ver la mitad inferior de un círculo que llevaba tatuado en la frente. La banda de muchachos y algunos de los presentes en el mercado palidieron y empezaron a dispersarse.

- Esos ya no te van a causar problemas – anunció. El forastero no pareció haberle oído.

- ¿Qué ocurre ahí?

Una pequeña multitud empezaba a congregarse a unos cuarenta pasos de ellos. Formaban un círculo al rededor de lo que Elfan sospechó que sería uno de los acostumbrados espectáculos de magia o de teatro. Mientras se acercaban al lugar empezaron a oír las cuerdas del laúd de un imprudente trovador.

...

y ahora se ha de casar con el hermano menor,

pues la doncella que a uno de Los Oscuros entregó su flor

ha matado a su amado con la verga en su interior

...

- ¿El príncipe ha muerto? - se horrorizó el hombre del desierto.

No fue hasta que el trovador hubo acabado cuando el forastero reparó en que Elfan se había escabullido. La bolsa que contenía las viras también había desaparecido.